ALGO PARA NOSOTROS, TEMPONAUTAS

Philip K. Dick

Addison Doug avanzaba, con aire exhausto, por el largo sendero de lajas redondas hechas de madera sintética, paso a paso, la cabeza baja y como si le agobiase un enorme dolor físico. La joven le veía llegar, sufriendo ella también al darse cuenta de su dolor y su cansancio, pero al mismo tiempo se alegraba de que al menos estuviese allí. Paso a paso el hombre avanzó hacia ella sin levantar la cabeza, automáticamente... como si hubiese recorrido aquel camino muchas veces, pensó ella de pronto. Conoce el camino demasiado bien. ¿Por qué?

—¡Addi! —gritó y echó a correr hacia el hombre con deseos de ayudarle—. Dijeron por la televisión que estabas muerto. ¡Que todos habíais muerto!

El hombre se detuvo y con una mano esbozó el gesto de echarse hacia atrás el pelo, que ya no era largo. Se lo habían cortado antes del lanzamiento. Pero sin duda lo había olvidado.

—¿Crees algo de lo que ves en la televisión? —dijo, y siguió avanzando, con pausas y vacilante, pero sonriendo ahora. Alargó la mano hacia ella.

«Dios, qué bueno es poder tocarle y sentir sus manos en mí —pensó la joven—. Aún tiene más fuerzas de las que yo creía.»

—Estaba a punto de buscar a alguien —jadeó—. Alguien que te reemplazase.

—Te rompo la cabeza si lo haces —contestó él—. De todas formas no es posible, nadie puede reemplazarme.

—Pero ¿qué pasó con la implosión, al volver? Dicen que...

—Lo he olvidado —contestó él con el tono que solía usar cuando quería decir: no voy a hablar de ello. Este tono la había irritado siempre antes, pero no ahora. Esta vez se dio cuenta de lo horrible que debía de ser el recuerdo—. Voy a quedarme en tu casa un par de días —continuó él diciendo, mientras avanzaban juntos por el sendero hacia la puerta abierta de la casa, en forma de A—. Quiero decir, si estás de acuerdo. Benz y Crayne se reunirán conmigo más tarde. Quizá esta misma noche. Tenemos mucho que hablar y que calcular.

—Entonces, sobrevivisteis los tres —dijo ella mirando su rostro demacrado—. Nada de lo que dijeron en la televisión... —Comprendió al fin, O creyó comprender—. Era una historia inventada. Por razones políticas o para engañar a los rusos, me imagino. Para que la Unión Soviética crea que el lanzamiento fue un fracaso, debido a vuestra entrada, al volver...

—No —dijo él—. Un crononauta ruso se reunirá con nosotros, probablemente. Para ayudarnos a calcular lo que ha sucedido. El general Toad dice que hay ya uno en camino hacia aquí. Ya le han concedido el pase. A causa de la gravedad de la situación.

—¡Dios mío! —exclamó la muchacha, sorprendida—. Entonces, ¿para quién inventaron esa historia?

—Vamos a beber algo primero —dijo Addison—, y luego intentaré explicarte lo que yo sé.

—Lo único que tengo de momento es un poco de brandy californiano.

Addison dijo:

—No importa lo que sea. Bebería cualquier cosa, tal y como me siento.

Se derrumbó sobre el sofá, echó hacia atrás la cabeza y dejó escapar un suspiro agobiado, mientras la joven se apresuraba a preparar bebida para los dos.

La radio del coche estaba diciendo: «...Apenados ante el trágico giro que han tomado los acontecimientos, a partir de un imprevisto...»

—Palabrería oficial —dijo Crayne cerrando el aparato. Iba en el coche con Benz y les resultaba difícil encontrar la casa. Sólo habían estado allí una vez. Crayne pensó que era una manera bastante informal de reunirse en conferencia para un asunto de tal importancia, esto de darse cita en casa de la chica de Addison, allí en las afueras de Ojai. Tenía la ventaja, sin embargo, de que no les molestarían los curiosos. Y no disponían de mucho tiempo. Aunque esto era difícil de saber. Nadie podía asegurarlo.

A ambos lados de la carretera se velan colinas que en un tiempo estuvieron cubiertas de bosques. Ahora los caminos de entrada a las casas y las irregulares carreteras de plástico fundido estropeaban el paisaje por todas partes, pensó Crayne.

—Apuesto a que esto fue muy hermoso en el pasado —le dijo a Benz, que iba conduciendo.

—La Floresta Nacional de los Padres no queda lejos de aquí —contestó Benz—. Me perdí en ella una vez cuando tenía ocho años. Pasé horas y horas en el bosque, pensando que iba a morderme una serpiente de cascabel. Cada rama que veía me parecía una serpiente.

—Bueno, pues ya te ha mordido ahora —dijo Crayne.

—A todos nosotros —añadió Benz.

—Sabes —dijo Crayne—, es una experiencia terrible esto de estar muerto.

—Habla por ti.

—Pero técnicamente...

—Si haces caso de lo que dice la radio y la televisión —dijo Benz volviendo hacia él su cara de gnomo, muy seria—, no estamos más muertos que la demás gente que vive en este planeta. La única diferencia es que la fecha de nuestra muerte está inscrita en el pasado, mientras que la de los otros corresponde a un momento incierto del futuro. Algunos de ellos la tienen bien fijada,

sin embargo; por ejemplo, los que están en un hospital de cancerosos. Para ellos es tan seguro como lo es para nosotros. Más aún. Fíjate en esto: ¿cuánto tiempo podemos quedarnos aquí antes de tener que regresar? Disponemos de un margen que los cancerosos graves no tienen.

Crayne respondió con acento cáustico:

—Pronto vas a decirme que hemos de alegrarnos por no sentir dolores.

—Addi los tiene. Le vi partir dando bandazos esta mañana. Los tiene psicosomáticarnente y se han convertido en una dolencia física. Como si Dios le estuviese metiendo la rodilla en el cuello. Lleva demasiado peso sobre sí y no es justo. Pero no se queja en voz alta. Sólo de vez en cuando enseña sus llagas —sonrió al decir esto.

—Addi tiene más razones para vivir que nosotros.

—Todo hombre tiene más razones para vivir que ningún otro hombre. Yo no tengo una chica con la que acostarme, pero me gustaría ver las puestas de sol sobre Riverside Freeway unas cuantas veces más. No son las cosas que tienes para vivir lo que cuenta, sino las ganas que tienes de verlas, las ganas que tienes de estar ahí... Eso es lo más triste de nuestro caso.

Continuaron rodando en silencio.

Los tres temponautas estaban sentados, fumando, en el saloncito de la casa de la joven. Se lo tomaban con calma. Addison Doug estaba pensando que la chica tenía una expresión más provocativa y deseable que nunca, con su suéter blanco muy ajustado y su microfalda. Ojalá que no estuviese tan provocativa. El no tenía fuerzas para eso ahora, tal y como se sentía por dentro. Demasiado cansancio.

—¿Sabe ella de lo que se trata? —preguntó Benz señalando a la chica—. Quiero decir, ¿podemos hablar abiertamente? ¿No le sorprenderá demasiado?

—Aún no le he dado ninguna explicación —dijo Addison.

—Pues será mejor que lo hagas —comentó Crayne.

—¿Qué es lo que ocurre? —dijo ella, con un sobresalto, poniéndose una mano entre los dos montículos de sus pechos, como si quisiera tocar algún símbolo religioso que no estaba allí. Addison se quedó pensativo un momento.

—Fuimos aspirados al hacer la entrada —dijo Benz, que era realmente el más cruel del grupo. O por lo menos el más brusco—. Verá usted, señorita...

—Hawkins —dijo ella en un susurro.

—Encantado de conocerla, señorita Hawkins —dijo Benz observándola de arriba abajo con su habitual frialdad—. ¿Tiene usted además un nombre?

—Merry Lou.

—Muy bien, Merry Lou —dijo Benz. Los otros dos hombres observaban la escena en silencio—. Parece uno de esos nombres que las camareras llevan cosidos en la blusa. «Me llamo Merry Lou y voy a servirle la cena, y el desayuno, y el almuerzo durante los próximos días, o durante los días que sean hasta que abandonen la partida y vuelvan a su propio tiempo. Serán cincuenta y tres dólares y ocho centavos, por favor; propina no incluida. Y espero que no vuelvan nunca, ¿me oye?» —Había empezado a temblarle la voz. Y el cigarrillo también—. Lo siento, señorita Hawkins —dijo, y añadió luego—: Estamos todos desquiciados con este lío de la entrada. La implosión, ya sabe. Tan pronto como llegamos nos enteramos de la cosa. En realidad, lo hemos sabido antes que nadie.

—Pero no podíamos hacer nada —dijo Crayne.

—Nadie puede hacer nada —le dijo Addison, y le pasó el brazo por la cintura. Parecía una escena vivida previamente, y de pronto comprendió. Estamos en un círculo cerrado, y seguimos dando vueltas y vueltas por él, tratando de resolver el problema de entrada, imaginando siempre que es la primera vez, la única vez.., y sin resolverlo nunca. ¿Qué número hace esta tentativa? Quizá sea la millonésima. Quizá nos hemos sentado aquí un millón de veces, analizando los mismos hechos una vez y otra y sin llegar a ningún sitio. Se sentía cansado hasta la médula, al pensar esto. Y experimentó al mismo tiempo una especie de odio filosófico que envolvía a los otros dos hombres, porque ellos no tenían este enigma que resolver. Todos vamos al mismo sitio, como dice la Biblia. Pero.., lo que pasa es que nosotros tres hemos estado allí ya. Estamos allí, en este mismo momento. De manera que es tonto pedimos que permanezcamos en la superficie de la Tierra y discutamos y nos preocupemos tratando de averiguar lo que ha funcionado mal. Eso son nuestros herederos quienes tendrían que hacerlo. Nosotros ya hemos hecho bastante.

No lo dijo en voz alta, sin embargo. Por los otros.

—Quizá tropezasteis con algo —sugirió la joven.

Mirando hacia los otros dos, Benz dijo, con sarcasmo:

—Si, quizá «tropezamos» con algo.

—Los comentaristas de la televisión continúan diciendo eso—insistió Merry Lou—. Que el peligro de la entrada estaba en encontrarse fuera de fase espacial y, por lo tanto, chocar con algún objeto tangente a nivel molecular. Cualquier objeto... —hizo un gesto al llegar aquí—. Ya sabéis, «dos objetos no pueden ocupar el mismo lugar al mismo tiempo». De modo que todo saltó, por esta razón.

Hizo una pausa y miró en torno, con aire interrogador.

—Ese, desde luego, es el mayor agente de riesgo —asintió Crayne—. Por lo menos en teoría, según calculó el doctor Fein, de planteamiento, cuando llegaron a la cuestión de imprevistos. Pero disponíamos de muchos sistemas de seguridad, con tal de que funcionasen automáticamente. La entrada no podía tener lugar a menos que estos aparatos nos hubiesen estabilizado espacialmente, para que no nos amontonásemos sobre algo. Naturalmente todos ellos pueden haber fallado en secuencia. Uno detrás de otro. Estuve haciendo todas las comprobaciones en el momento del lanzamiento y todas ellas coincidían en que estábamos en la fase conveniente, en aquel momento. No oí tampoco ninguna señal de aviso.

De pronto dijo Benz:

—¿Os dais cuenta de que nuestros más próximos parientes son ahora ricos? Les corresponden todas las primas de nuestros seguros de vida federales y comerciales. Nuestros «parientes más próximos»... ¡Dios del cielo! Pero si somos nosotros mismos. Podemos pedir el pago de muchos miles de dólares, en mano. Entrar en la oficina de seguros y decir simplemente: estamos muertos. Venga la pasta.

Addison Doug estaba pensando en los funerales públicos. Lo tenían ya todo preparado, para después de las autopsias. Aquella larga hilera de «Cadillacs» negros, desfilando por Pennsylvania Avenue, seguida de todos los dignatarios del Gobierno y de todos los condenados científicos. *Y nosotros estaremos allí.* No de una manera, sino de dos: dentro de los féretros de roble, con incrustaciones de metal y las banderas por encima, y al mismo tiempo de pie, en coches abiertos, saludando a la muchedumbre del cortejo fúnebre.

—Las ceremonias —dijo en voz alta.

Los otros se quedaron mirándole, sin acabar de comprender. Y luego, uno tras el otro, comprendieron. Pudo verlo en sus rostros.

—No —dijo Benz, con voz ronca—. Eso no es posible.

Crayne sacudió la cabeza con énfasis:

—Nos darán la orden de estar allí, y allí estaremos. Cuestión de disciplina.

—¿Tendremos que *sonreír* también? —exclamó Addison—. ¿Sonreír como cabrones?

—No —dijo el general Toad lentamente, su cabeza de pavo oscilando sobre su cuello de escoba. Tenía la piel ajada y llena de manchas, como si el gran peso de las condecoraciones que colgaban de su pecho y del cuello rígido de su guerrera hubiesen iniciado un proceso de ruina en su organismo—. No tienen ustedes que sonreír, sino, por el contrario, adoptar una actitud condolida, como corresponde a las circunstancias. A tono con el duelo nacional que preside la ocasión.

—Eso va a resultar un tanto difícil —dijo Crayne. El crononauta ruso no dijo nada. Su cara angulosa de pájaro, que aún parecía comprimida bajo los auriculares de traducción simultánea adosados a sus orejas, parecía abstraída y preocupada.

—La nación entera notará su presencia entre nosotros, una vez más, durante este breve intervalo. Las cámaras de todas las cadenas de televisión del país apuntarán hacia ustedes sin previo aviso y los comentaristas han sido ya instruidos para que le digan al público lo siguiente. —Sacó una hoja de papel mecanografiado del bolsillo, se caló las gafas, se aclaró la garganta y soltó su perorata—: «Estamos enfocando ahora tres figuras que vienen juntas en un coche. No podemos reconocerlas aún del todo. ¿Pueden ustedes?» —el general Toad bajó la hoja escrita—. Al llegar a este punto interrogarán también a sus colegas. Y por fin exclamarán: «Pero Roger»... o Walter, o Ned, según las circunstancias del caso...

—O Bill interrumpió Crayne—, en el caso de que se trate de la cadena Bufonidae, que opera desde el pantano.

El general Toad ignoró la frase y siguió diciendo:

—En líneas generales exclamarán: «Pero, Roger, me parece que estamos viendo a los tres temponautas en persona. ¿Significa esto que el problema ha sido... » Y el colega comentador responderá con voz ligeramente más sombría: «Lo que estamos viendo en esta ocasión, creo que es, David (o Henry, o Peter, o Ralph, según los casos), la primera comprobación práctica de lo que los técnicos llaman la Actividad del Tiempo de Salida, es decir, la ATS. Contrariamente a lo que pudiera parecernos a primera vista, estos *no son* —repito *no son*— nuestros tres valientes temponautas propiamente dichos, sino más bien su imagen, recogida por nuestras cámaras, suspendida temporalmente en su viaje hacia el futuro, cuyo destino, en principio, era el siglo próximo... Pero según parece hubo una constricción en su lanzamiento y aquí están ahora, entre nosotros, en lo que conocemos como el presente.»

Addison Doug cerró los ojos y se quedó pensando; seguro que Crayne va a preguntarle ahora si las cámaras no podrían enfocarle comiendo algodón de azúcar y con un globo en la mano. Creo que todos nos hemos vuelto locos con este enredo. Luego se preguntó: ¿cuántas veces habremos pasado ya por esta estúpida rutina?

«No puedo demostrarlo; sin embargo —pensó con fatiga—, sé que es cierto. Hemos estado sentados aquí muchas veces ya, oyendo estas mismas palabras sin sentido.» Se estremeció al pensarlo. Cada palabra que oía...

—¿Qué pasa ahora? —le preguntó Benz, inquisitivo.

El crononauta soviético tomó la palabra por primera vez desde su llegada y preguntó a bocajarro:

—¿Cuál es el máximo intervalo posible de ATS para su equipo de tres hombres? Y ¿qué porcentaje de este tiempo se ha consumido ya?

Crayne dijo, al cabo de una pausa:

—Ya nos instruyeron al respecto antes de que viniésemos aquí, hoy. Hemos consumido aproximadamente la mitad del tiempo de intervalo ATS.

—Sin embargo —interrumpió el general Toad—, hemos previsto que el Día de Duelo Nacional caiga dentro del plazo que aún queda. Esto nos obliga a acelerar la autopsia y demás investigaciones forenses, pero en vista del sentimiento público creímos nuestro deber...

«La autopsia», pensó Addison Doug, y de nuevo sintió un estremecimiento. Esta vez no pudo contenerse y dijo:

—¿Por qué no dejamos toda esta tontería para otro momento y nos acercamos a Patología, para ver unos cuantos cortes de tejido coloreado en el microscopio? Tal vez hasta seamos capaces de dar unas cuantas ideas que ayuden a la ciencia médica a encontrar algunas de las respuestas que están buscando. Respuestas, explicaciones, eso es lo que se necesita. Explicaciones para problemas que no existen aún. Ya desarrollaremos los problemas más tarde. —Hizo una pausa y añadió—: ¿Quién está de acuerdo?

—No quiero ver mi páncreas en la pantalla de proyección —dijo Benz—. Iré al desfile, pero no estoy dispuesto a tomar parte en mi propia autopsia.

—Podrías distribuir cortes microscópicos coloreados de tus propios tejidos entre las personas que asistan al desfile —dijo Crayne—. Cada uno de nosotros podría llevar una bolsita llena de ellos, como si fuesen *confetti*. ¿Qué le parece, general? Creo que, al fin y al cabo, sonreiremos.

—He estado revisando el archivo sobre todo lo que se refiere a la sonrisa —replicó el general Toad, pasando algunas de las páginas que había apiladas frente a él—. Y el resultado de esta revisión demuestra que la sonrisa está fuera de lugar, ya que no concuerda con el sentimiento público. De manera que esta cuestión queda cerrada. Por lo que se refiere a presenciar la autopsia que en estos momentos se está llevando a cabo...

—Nos la vamos a perder si nos quedamos aquí sentados —le dijo Crayne a Addison—. Siempre me pierdo lo mejor.

Sin hacerle caso, Addison se dirigió al crononauta soviético:

—Oficial N. Gauki —dijo en el micrófono que colgaba de su pecho—, ¿cuál cree usted que es el mayor terror con el que tiene que enfrentarse un viajero del espacio? ¿Que ocurra una implosión debida a la yuxtaposición al entrar, como ha sucedido con nuestro lanzamiento? ¿O hay otras obsesiones traumatizantes que usted y su compañero experimentaron durante su breve pero altamente prometedor viaje temporal?

N. Gauki respondió, después de una pausa:

—R. Plenya y yo intercambiamos opiniones sobre el particular en varias ocasiones. Creo que puedo hablar por los dos si digo, respondiendo a su pregunta, que nuestro miedo más constante era el de que pudiésemos entrar en un círculo cerrado de tiempo del que nos sería imposible escapar.

—¿Se repetiría para siempre? —preguntó Addison Doug.

—Sí, señor A. Doug —respondió el crononauta, con un sombrío asentimiento de cabeza.

Un miedo que no había experimentado hasta entonces se apoderó de Addison. Volviéndose hacia Benz murmuro:

—¡Mierda!

Y quedaron mirándose el uno al otro.

—No creo que sea esto lo que haya sucedido —dijo Benz en voz baja al cabo de unos instantes, poniendo una mano sobre el hombro de Doug, que es el abrazo de la amistad—. Simplemente implotamos al entrar, eso es todo. Tranquilízate.

—¿Podríamos levantar la sesión pronto? —preguntó Addison, con voz ahogada, incorporándose en su silla. El cuarto entero, y la gente que había en él le ahogaban. «Claustrofobia —pensó—. Como cuando estando en el colegio proyectaron un *test* sorpresa en las máquinas de enseñanza y vi que no podía pasarlo». Por favor —dijo sencillamente, levantándose. Todos se quedaron mirándole con expresiones diferentes. La cara del ruso era la más comprensiva y las líneas de su rostro mostraban su preocupación. Addison hubiera deseado...—. Quiero irme a casa —les dijo, y se sintió como un imbécil.

Era ya muy tarde, por la noche, en un bar del Hollywood Boulevard, y estaba borracho. Afortunadamente, Merry Lou estaba con él y lo estaba pasando estupendamente. Por lo menos eso decía la gente. Se agarró a Merry Lou.

—El verdadero significado de la vida —dijo—, su mas alta expresión, está en la pareja hombre-mujer. En su unidad absoluta. ¿Tengo razón?

—Sí, ya lo sé —dijo Merry Lou—. Lo estudiamos en clase.

Esa noche, a petición suya, Merry Lou era una rubia menuda, vestida con pantalones acampanados, tacones altos y una blusa recogida por encima del ombligo. Un rato antes llevaba una piedra de lapislázuli en el hoyito, pero se le había perdido durante la cena en Ting Ho. El dueño del restaurante les había prometido continuar buscando por todas partes, pero Merry Lou se había quedado muy triste desde entonces. Era simbólico, dijo. Pero no dijo de qué. O por lo menos él no podía recordarlo. Quizá era esto lo que ocurría. Ella le había dicho lo que significaba y él lo había olvidado.

Un negro elegante, vestido con chaqueta a rayas y una corbata muy llamativa, sentado en una mesa cercana, no dejaba de mirar a Addison desde hacía un buen rato. Era obvio que tenía ganas de ir a su mesa y no se atrevía. Entretanto no cesaba de mirar.

—¿No has tenido nunca la sensación de saber exactamente lo que va a ocurrir un momento después? —le preguntó Addison a Merry Lou—. ¿Lo que alguien va a decir, palabra por palabra? ¿Hasta en los menores detalles? Como si ya hubieses vivido la escena.

—A todos nos ocurre alguna vez —dijo Merry Lou, sorbiendo su «Bloody Mary».

El negro se levantó y fue hacia ellos. Se detuvo junto a Addison.

—Perdone si le molesto, señor —dijo.

Addison se volvió hacia Merry Lou:

—Ahora va a decir: «¿No le conozco de alguna parte? ¿No le he visto en la televisión?»

—¡Eso es precisamente lo que quería decirle! —exclamó el negro.

Addison dijo:

—Sin duda ha visto mi foto en la página 46 del *Time* de esta semana, en la sección de nuevos descubrimientos médicos. Yo soy el médico rural de una pequeña ciudad en Iowa que ha sido catapultado a la fama por mi invención de un sistema muy difundido y al alcance de todos para conseguir la vida eterna. Varias de las grandes empresas farmacéuticas están ya dedicándose a la fabricación de mi vacuna.

—Ahí debe de ser donde vi su foto —dijo el negro, pero no parecía muy convencido. Tampoco estaba borracho. Clavó la mirada en Addison—. ¿Me permite que me siente con ustedes?

—Claro —respondió Addison. Y vio ahora en la mano del hombre la marca del departamento de seguridad que se había ocupado del proyecto desde el principio.

—Señor Doug —dijo el agente de seguridad, sentándose a su lado—. Realmente no debería estar aquí hablando de esa manera. Igual que le he reconocido yo, podría reconocerle cualquier otra persona y sufrir un síncope. Técnicamente, está usted violando un estatuto federal al estar aquí. ¿Se da usted cuenta de esto? Tendría que arrestarle. Pero es una situación difícil. No queremos armar jaleo y hacer una escena. ¿Dónde están sus dos colegas?

—En mi casa —dijo Merry Lou. Era obvio que no había visto la marca identificadora—. Escuche —añadió con tono cortante—, ¿por qué no se larga? Mi marido ha pasado por una prueba sumamente dura y ésta es la primera oportunidad que tiene de relajarse.

Addison miró al hombre.

—Sabía lo que iba a decirme antes de que se acercase. —(Palabra por palabra, pensó para sí. Tengo razón y Benz está equivocado, y esta escena va a continuar repitiéndose una y otra vez.)

—Quizá —dijo el agente— pueda convencerle de que vuelva a casa de miss Hawkins voluntariamente. Llegó un mensaje hace apenas unos minutos —se golpeó con un dedo el pequeño auricular que llevaba en la oreja derecha— con la consigna, a todos nosotros, de que se lo transmitiéramos a usted, urgentemente, si le localizábamos. En las ruinas de la torre de lanzamiento... han estado buscando entre los escombros, ¿sabe?

—Ya, ya lo sé —dijo Addison.

—Creen que han encontrado una primera pista. Uno de ustedes trajo algo consigo. Algo de ATS, además de lo que llevaron en la salida y violando todas sus instrucciones de entrenamiento.

—Déjeme que le pregunte una cosa —le interrumpió Addison—. Supongamos que alguien me ve. Supongamos que me reconoce. Bueno, ¿y qué?

—El público está convencido de que aunque fallase la operación de entrada, el vuelo por el tiempo, el primer lanzamiento americano de vuelo por el tiempo, fue un éxito. Tres temponautas americanos fueron proyectados a cien años de distancia en el futuro, casi el doble de lo que consiguieron los soviéticos el año pasado. El hecho de que en realidad sólo fuera *una semana* representará un choque menor para la opinión si creen que ustedes tres decidieron por propia voluntad manifestarse de nuevo en este continuum porque querían estar presentes, de hecho se sentían obligados a estar presentes...

—En el desfile —le interrumpió Addison—. Por partida doble, además.

—Se vieron compelidos a asistir al dramático y sombrío espectáculo de su propio funeral y serán enfocados allí por las cámaras de las más importantes cadenas de televisión. Señor Doug, el coste y el trabajo que ha supuesto todo esto, en los más altos niveles, con objeto de subsanar una situación difícil, son enormes. Pero será más fácil para el público, y esto es de vital importancia si es que se ha de hacer un nuevo lanzamiento. Eso es, a fin de cuentas, lo que todos deseamos.

Addison Doug se le quedó mirando.

—¿Qué es lo que deseamos?

Con cierta vacilación, dijo el agente de seguridad:

—Hacer nuevos viajes en el tiempo. Como han hecho ustedes. Desgraciadamente, ustedes no pueden repetirlo, a causa de la trágica implosión y la muerte que sufrieron. Pero otros temponautas...

—¿Queremos qué? ¿Es eso lo que queremos? —repitió Addison levantando la voz. La gente estaba mirándolos desde las mesas cercanas. Mirándolos con nerviosismo.

—Sin duda —respondió el agente—. Y no grite.

—Yo no quiero eso —dijo Addison—. Yo quiero parar. Parar para siempre. Tumbarme en el suelo, sobre el polvo. No ver más veranos.., siempre el mismo verano.

—Ves uno y ya los has visto todos —dijo Merry Lou histéricamente—. Creo que tiene razón, Addi. Vámonos de aquí. Tú has bebido demasiado, y es tarde. Además esas noticias sobre el...

Addison la interrumpió:

—¿Qué es lo que alguien trajo? ¿Cuánta masa extra?

—El análisis preliminar —contestó el agente de seguridad— indica que maquinaria con un peso de más de cuarenta kilos fue introducida en el campo de tiempo del módulo y traída con ustedes. Esta masa... —hizo un gesto con la mano— es lo que hizo saltar todo en el acto. No se pudo compensar ese exceso respecto a lo que en un principio habla en el área de lanzamiento.

—¡Uauh! —exclamó Merry Lou con los ojos muy abiertos—. Quizá alguien os vendió un fonógrafo cuadrafónico por un dólar noventa y ocho centavos, con micrófonos de suspensión aérea de cinco centímetros y provisión de discos de Neil Diamond para toda la vida. —Intentó reír, pero no pudo. En lugar de ello se le nublaron los ojos—. Addi —susurró—, lo siento. Pero parece... brujería. Quiero decir que es absurdo. Todos habíais sido informados sobre esta cuestión del peso, en la entrada, ¿no es así? No podíais añadir ni una tinta de papel a lo que habíais llevado a la salida. Yo misma vi al doctor Fein demostrando en la televisión las razones que había para esto. ¿Y uno de vosotros se trajo cuarenta kilos de maquinaria consigo? Sin duda queríais autodestruiros, al hacer algo semejante.

Tenía los ojos llenos de lágrimas. Una de ellas le resbaló por la nariz y se quedó colgando de la punta. Addison alargó una mano para secársela, como si se tratase de una niña, en lugar de una mujer adulta.

—Voy a llevarle hasta el lugar del análisis —dijo el agente de seguridad y se levantó. Entre él y Addison ayudaron a Merry Lou a ponerse de pie. Estaba temblando mientras se tomó el último sorbo de su «Bloody Mary». Addison sintió pena por ella, poco se le pasó en seguida. Se preguntó por qué. Uno puede cansarse de todo, incluso de tener sentimientos, pensó, O de preocuparse por alguien. Cuando todo se prolonga y se repite demasiado. Cuando se repite siempre. Y al final acaba convirtiéndose en algo que ni el mismo Dios quizá ha tenido que sufrir. Y aceptar.

Mientras atravesaban el bar lleno de gente hacia la calle, Addison le preguntó al agente de seguridad:

—¿Cuál de nosotros tres...?

—Ellos ya saben quién fue —respondió el agente abriendo la puerta para Merry Lou. Luego se quedó detrás de Addison haciendo señas a un vehículo federal gris para que aterrizase en el área roja de aparcamiento. Otros dos agentes de seguridad, de uniforme, corrieron hacia el grupo.

—¿Fui yo? —preguntó Addison Doug.

—Será mejor que se haga a la idea —contestó el agente de seguridad.

La procesión funeraria descendía con dolorosa solemnidad por la Pennsylvania Avenue, los tres féretros cubiertos por banderas, seguidos de docenas de coches. A los lados, filas compactas de gentes con pesados abrigos, tiritando de frío. Una neblina húmeda se cernía sobre la ciudad, y la línea de edificios grises servía de marco a la sombría marcha a través de Washington.

Escudriñando el «Cadillac» que iba a la cabeza de la procesión con sus prismáticos, Henry Cassidy, primer comentarista de noticias y sucesos públicos de la Televisión, se dirigió a su vasto auditorio invisible.

—...tristes memorias de aquel tren del pasado, llevando el féretro de Abraham Lincoln a través de los campos de trigo hacia la capital de la nación, donde habían de descansar. ¡Qué día tan triste es éste también y qué apropiado el tiempo para la circunstancia, con sus oscuras nubes tormentosas y su llovizna! —En su monitor vio cómo la cámara enfocaba al cuarto «Cadillac», aquel que seguía a los que llevaban los féretros de los temponautas muertos.

Su técnico le tocó en el brazo.

—Parece que estamos enfocando ahora tres figuras desconocidas, que van juntas en aquel coche —dijo Henry Cassidy en el micrófono que le colgaba del cuello, mientras asentía con la cabeza—. No soy capaz de identificarlas, por el momento. ¿Puedes ver tú mejor desde donde estás, Everett? —preguntó a su colega, al mismo tiempo que apretaba el botón que indicaba al otro que debía reemplazarle en las ondas.

—Pero, Henry —exclamó Branton con tono cada vez más excitado—. ¡Creo que estamos realmente contemplando a los tres temponautas americanos tal y como se manifiestan en su histórico viaje hacia el futuro!

—¿Significa eso —preguntó Cassidy— que han sido capaces de resolver de alguna forma el...?

—Me temo que no, Henry —dijo Branton con voz profunda y apesadumbrada—. Lo que estamos contemplando con gran sorpresa es la primera visión que tiene el mundo occidental de lo que los técnicos llaman Actividad del Tiempo de Salida.

—Ah, sí, ATS —dijo Cassidy con tono satisfecho, leyendo el guión oficial que le habían entregado las autoridades federales antes de la emisión.

—Eso es, Henry. Contrariamente a lo que puede parecer a primera vista, ésos no son, repito, *no son*, nuestros tres valientes temponautas como tales, es decir...

—Ya entiendo, Everett —interrumpió Cassidy con voz emocionada, ya que el guión decía textualmente: CASS INTERRUMPE CON EMOCION—. Nuestros tres bravos temponautas están ahora en suspenso en su histórico viaje hacia el futuro, que ha de extenderse aproximadamente a un siglo a partir de ahora... Parece que la gran pena y el drama de este día inesperado ha hecho que decidan...

—Siento interrumpirte, Henry —dijo Branton al llegar a este punto—, pero me parece que la procesión ha detenido su marcha con objeto de que podamos...

—¡No! —dijo Cassidy leyendo una nota que acababan de entregarle, garrapateada a toda prisa: *No entreviste a los temponautas. Urgente. Olvide instrucciones previas*—. No creo que podamos.., hablar brevemente con los temponautas Benz, Crayne y Doug, como tú esperabas, Everett.

Diciendo esto comenzó a hacer señas desesperadas al equipo del micrófono-grúa que ya había empezado a girar y extenderse hacia el coche que los llevaba. Con la cabeza les hizo signos negativos al técnico del micrófono y al suyo propio.

Al ver que el micrófono se dirigía hacia ellos, Addison Doug se puso de pie en la trasera del Cádillac. Cassidy dejó escapar un gruñido. Ese hombre quiere hablar, pensó. ¿No le habrán dado nuevas instrucciones? ¿Por qué me lo dicen sólo a mí? Otros micrófonos-grúa, representando a otras cadenas, así como varios entrevistadores de radio, a pie, se precipitaban ya hacia el Cadillac de los temponautas, con objeto de ponerles los micrófonos delante, sobre todo delante de Doug. Doug estaba ya empezando a hablar, en respuesta a una pregunta que acababa de hacerle un reportero. Con su propio micrófono desconectado, Cassidy no pudo oír ni la pregunta ni la respuesta. De mala gana dio la señal para que conectasen de nuevo.

—...antes —estaba diciendo Doug en voz bien alta y clara.

—¿De qué modo? ¿Quiere decir que todo esto ha sucedido ya? —preguntó el reportero de la radio que estaba en pie junto al coche.

—Quiero decir —declaró el temponauta americano Addison Doug, con el rostro enrojecido y tenso— que yo he estado en este mismo lugar una vez y otra, y que ustedes han presenciado ya este desfile y nuestras muertes y nuestra entrada una cantidad de veces sin fin. Que es un ciclo cerrado de tiempo que nos envuelve y que hay que romper.

—¿Está usted buscando —le gritó otro reportero a Addison Doug— una solución para el problema de entrada y el desastre de implosión, que pueda ser aplicado retrospectivamente con objeto de que cuando vuelva al pasado sea capaz de corregir el mal funcionamiento y evitar la tragedia que les ha costado... o que les costará.., la vida?

El temponauta Benz dijo:

—Sí, eso es lo que estamos haciendo.

—Tratamos de averiguar la causa de la violenta implosión y eliminarla antes de regresar —añadió el temponauta Crayne, asintiendo con un gesto de cabeza—. Hemos averiguado ya que,

por razones desconocidas, una masa de casi cuarenta kilos de varias partes de motor de un Volswagen, incluyendo cilindros, la cabeza de...

«Esto es terrible», pensó Cassidy.

—¡Es sorprendente! —dijo en voz alta, en su micrófono—. Los ya trágicamente fallecidos temponautas americanos, con una determinación que sólo puede venir del entrenamiento y la disciplina rigurosos a que han estado sometidos (y entonces nos preguntábamos por qué, pero ahora vemos los resultados) han analizado ya las causas del imprevisto mecánico que motivó la implosión y fue el responsable, evidentemente, de sus muertes, y han empezado el laborioso proceso de clarificación de posibilidades con objeto de poder regresar a su lugar de lanzamiento y efectuar la entrada sin accidente.

—Uno se pregunta —murmuró Branton por el micrófono y auricular interiores— cuáles pueden ser las consecuencias de esta alteración del pasado próximo. Si cuando regresen no hay implosión, y no mueren... bueno, resulta demasiado complicado para mí, Henry, comprender estas paradojas que el doctor Fein nos ha hecho notar repetidas veces, con suma elocuencia, en los laboratorios de Distorsión del Tiempo, en Pasadena.

Entretanto el temponauta Addison estaba diciendo para todos los micrófonos que le rodeaban, aunque con más calma ahora:

—No debemos eliminar la causa de la implosión en la entrada. El único camino de que disponemos para escapar de esta trampa es la muerte. La muerte es la única solución. Para nosotros tres.

Su perorata quedó interrumpida al ponerse de nuevo en marcha la procesión de Cadillacs.

Henry Cassidy cerró su micrófono momentáneamente y dijo, dirigiéndose a su técnico:

—¿Se ha vuelto loco?

—Sólo el tiempo puede decirlo —respondió éste— en tono apenas audible.

—Un extraordinario instante en la historia americana de los viajes por el tiempo —dijo luego Cassidy para las ondas—. Sólo el tiempo puede decir, y ustedes me perdonarán la frase, no intencionada, si las crípticas observaciones del temponauta Doug, improvisadas en unos momentos de intenso sufrimiento para él y en cierto modo para todos nosotros, son las palabras de un hombre perturbado por el dolor, o resultan por el contrario una aguda premonición del macabro dilema que teóricamente hemos sabido desde el principio que existía, que existía y que podía descargar su golpe mortal, sobre el lanzamiento de un viaje por el tiempo, ya sea nuestro o de los rusos.

Cortó después, para dar paso a un anuncio comercial.

—Sabes —dijo la voz de Branton en su oído, no para el público, sino solamente para el cuarto de control y para él—, en el caso de que tenga razón, sería mejor que los dejasen morir.

—Tendrían que dejarlos libres —convino Cassidy—. Dios mío, de la manera que hablaba se diría que ha pasado ya por esto durante mil años y algunos más. No me gustaría estar en su pellejo por nada del mundo.

—Te apuesto cincuenta dólares —dijo Branton— a que han pasado ya por esto antes de ahora. Muchas veces.

—Entonces, nosotros también —observó Cassidy.

Empezó a caer la lluvia en aquel momento y las filas de espectadores se convirtieron en una masa reluciente. Las caras, los ojos, incluso los trajes, todo brillaba con reflejos de luz rota, chispeante, mientras los nubarrones se hacían cada vez más oscuros por encima de ellos.

—¿Estamos en el aire? —preguntó Branton.

«Quién sabe?», pensó Cassidy. Lo único que deseaba era que el día terminase cuanto antes.

El crononauta soviético N. Gauki levantó ambas manos con calma y empezó a hablan a los americanos, a través de la mesa. Su voz tenía un gran tono de urgencia:

—En mi opinión y en la de mi colega R. Plenya, que ha sido honrado con el título de Héroe del Pueblo Soviético por los resultados que obtuvo como pionero de los viajes por el tiempo, y basándonos en nuestra propia experiencia y en el material teórico desarrollado en los círculos académicos americanos y en la Academia de Ciencias de la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas, creemos que los temores del temponauta A. Doug pueden estar justificados. Su destrucción deliberada de sí mismo y de sus dos compañeros, al hacer la entrada cargado con un peso extra de partes de automóvil, en violación de las órdenes que recibiera, debe considerarse como el acto de un hombre desesperado que no encuentra ningún otro medio de escape. Naturalmente la decisión está en manos de ustedes. Nosotros sólo tenemos una posición de consejeros en este asunto.

Addison Doug estaba jugando con su encendedor, encima de la mesa, y no respondió siquiera. Le zumbaban los oídos y estaba pensando en lo que este zumbido podía significar. Tenía una cierta cualidad electrónica. Quizá estamos de nuevo dentro del módulo, pensó. Pero no lo percibía. Lo único que percibía era la realidad de la gente que estaba en torno a la mesa, la mesa misma, el encendedor que sostenía entre los dedos. No se puede fumar mientras se entra en el módulo, pensó, y volvió a guardarse el encendedor en el bolsillo.

—No tenemos prueba ninguna —estaba diciendo ahora el general Toad— de que se haya establecido un círculo cerrado de tiempo. Lo único concreto es la sensación de fatiga que experimenta el señor Doug. Su convencimiento de que ha pasado pon todo esto en repetidas ocasiones. Como él mismo dice, se debe sin duda a una reacción psicológica —Empezó a hurgar entre los papeles que tenía delante—. Tengo aquí un informe, que no se ha comunicado a los medios informativos, y que procede de cuatro psiquiatras de Yale, referente a su estructura psicológica. Aunque generalmente de carácter muy estable, tiene una marcada tendencia hacia la ciclotimia, que culmina en un estado de depresión aguda. Naturalmente ya se tuvo esto en cuenta antes de efectuar el lanzamiento, pero se calculó que los caracteres alegres

de los otros dos componentes del equipo contrarrestarían esta tendencia de una manera funcional. De una forma u otra, esa tendencia depresiva suya está ahora en una fase muy aguda. —Tendió el informe con una mano, pero ninguno de los reunidos lo cogió—. ¿No es cierto, doctor Fein —continuó diciendo—, que una persona que sufre depresión aguda percibe el tiempo de una manera peculiar, como si fuese un círculo cerrado en el que no hace más que dar vueltas y vueltas, sin poder salir de él ni llegar a ninguna parte? La persona sufre tal grado de neurosis que se niega a dejar escapar su pasado. Su pasado da vueltas en su cabeza continuamente.

—Pero —dijo el doctor Fein— esta sensación subjetiva de sentirnos atrapados es quizá lo que todos experimentaríamos si el círculo cerrado de tiempo cobrase existencia.

El doctor Fein era el médico investigador cuyos trabajos hablan servido de base teórica para el proyecto.

—El general -dijo Addison Doug— está utilizando palabras que no comprende.

—Me he informado sobre las que no conocía antes —respondió el general Toad—. Sé lo que significan los términos psiquiátricos técnicos.

Benz le preguntó a Addison Doug:

—¿Dónde encontraste todas esas piezas de Wolsvagen, Addi?

—Todavía no las tengo —respondió Addison.

—Probablemente recogió la primera chatarra que encontró —dijo Crayne—. Lo primero que le vino a las manos, antes de que iniciásemos el regreso.

—Antes de que vayamos a iniciar el regreso —le corrigió Addison.

—Estas son mis instrucciones para ustedes tres —dijo el general Toad—. No van a intentar producir ningún daño, ni implosión, ni mal funcionamiento durante la entrada, ya sea cargando una masa de peso extra o por cualquier otro medio. Van a regresar según está programado, de acuerdo con los ensayos previos. Esto se refiere a usted principalmente, señor Doug.

En aquel momento empezó a sonar el teléfono que había a su derecha. El general frunció el entrecejo y descolgó el auricular. Hubo una pausa, y luego, con una especie de gruñido, volvió a colocar el aparato en su horquilla, de golpe.

—Ordenes cambiadas —dijo el doctor Fein.

—Sí, en efecto —admitió el general—. Y debo decir que personalmente me alegro de que sea así, porque la decisión que había tomado era bastante desagradable.

—Entonces podemos preparar la implosión al entrar —dijo Benz al cabo de una pausa.

—Son ustedes tres los que tienen que tomar la decisión —dijo el general Toad—, ya que son sus vidas las que están en juego. Quedan libres de actuar según lo consideren oportuno. De la forma que prefieran. Si están convencidos de que se encuentran presos en un círculo cerrado de tiempo, y creen que una implosión masiva al entrar puede romperlo... —hizo una pausa, al tiempo que Doug se ponía en pie—. ¿Va a hacer usted otro discurso, Doug?

—Sólo quiero dar las gracias a todos los que de una manera o de otra participan en esta empresa, por dejamos decir —dijo Doug, y paseó su mirada cansada por todos los individuos que estaban sentados en torno a la mesa—. Les aseguro que lo estimo en lo que vale.

—Sabes —dijo Benz lentamente—, el hecho de que implotemos al entrar tal vez no arregle nada, ni logre romper el círculo cerrado. En realidad, tal vez lo mantenga, Doug.

—No si nos mata a los tres —replicó Crayne.

—¿Estás de acuerdo con Addi, entonces? —preguntó Benz.

—La muerte es la muerte —dijo Crayne—. He estado pensando sobre ello. ¿Qué otra forma nos queda de salir de esto? Sólo morir. No hay otra salida.

—Puede que no estén en ningún círculo —observó el doctor Fem.

—Pero también puede que estemos en él —dijo Crayne.

Doug, que permanecía de pie, se dirigió a Crayne y a Benz y les dijo:

—¿Podríamos hacer participar a Merry Lou en nuestra decisión?

—¿Por qué? —preguntó Benz.

—No puedo ya pensar con claridad —contestó Doug—. Pero creo que Merry Lou puede ayudarme. Dependo mucho de ella.

—Bien, de acuerdo —dijo Benz. Y Crayne asintió con la cabeza.

El general Toad miró estoicamente su reloj de pulsera y dijo:

—Caballeros, creo que esto da por terminada nuestra conferencia.

El crononauta soviético Gauki se quitó los auriculares y el micrófono de cuello y se precipité hacia los tres temponautas con la mano extendida. Por lo visto estaba diciendo algo en ruso, pero ninguno de los tres podía entenderlo. Así que se retiraron en grupo, con aire sombrío.

—En mi opinión, estás loco, Addi —dijo Benz—. Pero parece que ahora estoy en minoría.

—Caso de que tenga razón —dijo Crayne— y aunque no haya más que una posibilidad en un billón de que tengamos que volver una y otra vez, para siempre, creo que eso basta para justificarlo.

—¿Podríamos ir a ver a Merry Lou? —preguntó Addison—. ¿Ir a su casa ahora?

—Está esperándonos fuera —dijo Crayne.

El general Toad fue hacia los tres temponautas, se colocó en medio de ellos y dijo:

—Saben, lo que hizo que se adoptase esta decisión fue la reacción del público durante el desfile, ante su manera de comportarse y lo que usted dijo, Doug. Los consejeros de la NSC llegaron a la conclusión de que la gente prefería, como usted mismo, que todo acabase de una vez. Les consuela más saber que está ya usted libre de su misión que salvar el proyecto y conseguir una entrada perfecta. Creo realmente que causó profunda impresión en ellos, Doug, con todas sus lamentaciones —dijo alejándose.

—Olvídalo —le dijo Crayne a Addison Doug—. Olvida a todos los que son como él. Haremos lo que tenemos que hacer.

—Merry Lou me lo explicará —dijo Doug—. Ella sabrá qué es lo que hay que hacer, y qué es lo mejor.

—Voy a buscarla —dijo Crayne—, y luego los cuatro podemos ir en el coche a alguna parte, a su casa tal vez, y decidir sobre la cuestión. ¿De acuerdo?

—Gracias —le contestó Addi, asintiendo con una inclinación de cabeza. Miró a su alrededor, como si quisiera buscarla, saber dónde estaba. Quizá en el cuarto contiguo, pensó—. Aprecio mucho tu gesto.

Benz y Crayne cambiaron una mirada de entendimiento. Doug se dio cuenta, pero no sabía lo que significaba. Lo único que sabía era que necesitaba de alguien, y de Merry Lou más que de ningún otro, para que le ayudase a ver claro y comprender la situación. Y para librar a los otros dos de ella si es que era posible.

Merry Lou los condujo en su coche hacia el norte de Los Angeles, por la autopista de Ventura y luego por el interior hasta Ojai.

Todos iban en silencio. Merry Lou conducía bien, como siempre. Apoyado contra el hombro de la joven, Addison Doug se abandonó a una especie de paz temporal.

—No hay nada como tener una chica que te lleve en coche —dijo Crayne al cabo de muchos kilómetros de rodar en silencio.

—Es una sensación casi aristocrática —murmuré Benz— esto de tener una mujer que se ocupe del volante. Un privilegio de la nobleza, o algo por el estilo.

—Hasta que choca con algo —dijo Merry Lou—. Con algún trasto lento y pesado.

Addison dijo de pronto:

—¿Qué es lo que pensaste cuando me viste llegar a tu casa por el sendero, el otro día? Dímelo francamente.

—Parecía... —contestó la chica— como si lo hubieses hecho ya muchas veces. Parecías enormemente cansado, a punto de morir. Al final, pensé... —vaciló un momento—. Lo siento, Addi, pero eso es lo que parecía; pensé que conocías el camino demasiado bien.

—Como si lo hubiese recorrido muchas veces.

—Eso es —convino ella.

—Entonces votas por la implosión —dijo Addison Doug.

—Bueno...

—Sé sincera conmigo —dijo él.

Merry Lou se limité a contestar:

—Mira en el asiento trasero. La caja que va en el suelo.

Con una linterna de mano que sacaron de la bolsa de herramientas los tres examinaron el interior de la caja. Addison miró temeroso lo que contenía. Eran piezas oxidadas de motor de un Volkswagen. Aún estaban grasientas.

—Las cogí de un montón de chatarra en un garaje extranjero que hay cerca de mi casa —dijo Merry Lou—. Cuando iba hacia Pasadena. Los primeros hierros que vi que parecían suficientemente pesados. Les oí decir por televisión, cuando el lanzamiento, que cualquier cosa que pesara entre los veinte y los...

—Bastará —dijo Doug—. Ya ha bastado.

—No vale la pena, entonces, que vayamos hasta tu casa —intervino Crayne—. Queda decidido. Mejor que cambiemos de rumbo hacia el sur y vayamos directamente al módulo. Y que iniciemos las operaciones. —Su voz era intensa y aguda, al mismo tiempo—. Gracias por su voto, señorita Hawkins.

—Estáis todos tan cansados —dijo ella.

—Yo no —replicó Benz—. Lo que estoy es furioso. Furioso hasta el límite.

—¿Furioso conmigo? —preguntó Addison.

—No lo sé —contestó Benz—. Sólo sé que es... un infierno.

Luego se hundió en un silencio pesado, recogido sobre sí mismo, inerte. Alejado por completo de todos los otros que iban en el coche.

Al llegar al primer cruce de intersección Merry Lou viró hacia el Sur. La invadía ahora una extraña sensación de libertad y Addison también sintió que empezaba a sentirse libre del peso y de la fatiga que le agobiaban.

El receptor que cada uno de ellos llevaba en la muñeca empezó a zumbar con la señal de aviso. Los tres se sobresaltaron.

—¿Qué es lo que pasa? —preguntó Merry Lou, accionando los frenos.

—Tenemos que ponernos en comunicación con el general Toad lo antes posible, por teléfono —dijo Crayne. Luego señaló con el dedo—. Ahí delante hay una estación de gasolina de la Standard. Métase por allí, señorita Hawkifls. Telefonearemos desde la estación.

Pocos minutos después Merry Lou detenía el coche frente a la gasolinera, cerca de la cabina.

—Espero que no sean malas noticias —dijo.

—Hablaré yo primero —dijo Doug, al tiempo que saltaba del coche. Malas noticias, pensé, sonriendo para sí. ¿Qué malas noticias pueden ser ya? Entró rígidamente en la cabina, cerró la puerta tras de sí, metió la moneda en la ranura del aparato y mareé el número.

—¡Bien! Aquí tengo lo que se llaman noticias —dijo el general Toad cuando el operador le puso en comunicación—. Es una suerte que pudiésemos dar con ustedes. Espere un minuto. Voy a dejar que se lo diga el doctor Fein en persona. Le creerá a él más que a mí. —Siguieron varios clics metálicos y por fin se oyó la voz, académica y precisa, del doctor Fein. Precisa, pero un poco más aguda que de costumbre, a causa de la excitación.

—¿Cuáles son las malas nuevas? —preguntó Doug.

—No son necesariamente malas —se oyó la voz al otro extremo del hijo—. Hemos hecho trabajar los computadores después de nuestra conferencia y según parece..., en fin, es *probable*, desde un punto de vista estadístico, aunque aún no haya sido verificado del todo, que tenga usted razón, Addison. Se encuentran ustedes dentro de un círculo cerrado.

Addison Doug se sintió estallar de cólera. «Condenado hipócrita —pensó—. Estoy seguro que lo ha sabido en todo momento.»

—Sin embargo —continué diciendo el doctor Fein, tartamudeando un poco, a causa de la emoción—, también creo..., es decir, hemos calculado que las mayores probabilidades de mantener el círculo como está es hacer implosión al entrar. ¿Me comprende, Addison? Si carga

toda esa chatarra oxidada e implota, las posibilidades estadísticas de cerrar el círculo para siempre son mucho mayores que si entra normalmente y todo marcha bien.

Addison Doug no respondió.

—En realidad, Addi, y ésta es la cuestión sobre la que tengo que insistir, una implosión en la entrada, y especialmente una implosión masiva y calculada como la que estamos preparando... ¿Se entera de lo que le digo, Addi? ¿Me comprende bien? ¡Por Dios...! Una implosión semejante garantizaría que el círculo quedara cerrado sin remedio. Es algo que nos ha preocupado desde el principio. —Siguió una breve pausa—. ¿Addi? ¿Está usted ahí?

Addison Doug se limité a estas palabras:

—Quiero morir.

—Eso se debe a la fatiga que experimenta, a causa del circulo. Sólo Dios sabe cuántas veces han...

—No —dijo Doug y se dispuso a colgar.

—Déjeme que hable con Benz y Crayne —dijo el doctor Fein rápidamente—. Por favor, antes de que intenten una nueva entrada. Especialmente con Benz. Me gustaría hablar con él en particular. Por favor, Addison. Por el bien de ellos. Su casi total agotamiento...

Addison colgó el teléfono y salió de la cabina.

Cuando volvió a subir al coche oyó que los dos receptores de alerta estaban zumbando aún.

—El general Toad dijo que la llamada automática que nos envió los mantendrá aún zumbando durante un rato —dijo a sus compañeros. Y cerró la puerta del coche—. Adelante.

—¿No quiere hablar con nosotros? —preguntó Benz.

—El general quería que supiésemos —dijo Addison— que tienen algo para nosotros. El Congreso ha votado una citación especial por nuestro valor o alguna otra idiotez por el estilo. Una clase de medalla que nunca habían otorgado hasta ahora. Y nos la concederán con carácter póstumo.

—Demonios, es la única forma en que pueden concedérnosla —dijo Crayne.

Merry Lou se echó a llorar al tiempo que ponía el motor en marcha.

—Será un descanso —dijo Crayne mientras el coche se dirigía hacia la autopista— cuando todo haya acabado.

No va a tardar mucho ahora, pensó Addison.

Los receptores de alerta continuaban zumbando en sus muñecas.

—Os van a volver locos —dijo Addison—, con todas esas voces burocráticas mezcladas.

Los otros se volvieron a mirarle. Había en aquella mirada interrogante una cierta inquietud no exenta de perplejidad.

—Sí —dijo Crayne, por último—, estas alertas automáticas son una auténtica lata. —Parecía cansado.

Tan cansado como yo, pensó Addison. Y al darse cuenta del paralelismo se sintió mejor. Porque venía a demostrar que estaba en lo cierto.

Gruesas gotas de lluvia golpeaban contra el parabrisas. Había empezado a llover muy fuerte. Esto le gustó. Le recordaba una de las experiencias más emocionantes que había tenido durante su corta vida: la procesión de su propio entierro, cuando avanzaba lentamente a lo largo de Pennsylvania Avenue, con las banderas cubriendo los féretros. Cerró los ojos, se recostó en el asiento y por fin se sintió bien. Escuchaba en torno suyo las lamentaciones de los asistentes al desfile. Y algo dentro de su cabeza soñaba con la medalla del Congreso. Concedida al cansancio infinito, pensó. Una medalla especial por estar cansado.

Se vio también en otros desfiles y en la muerte de muchos otros, aunque en realidad no era más que una misma muerte y un mismo desfile. Coches que avanzaban lentamente por las calles de Dallas, y también con el doctor King... Se vio a sí mismo volviendo una y otra vez, en su círculo cerrado de vida, al mismo funeral que no podía olvidar, y que ellos no podían olvidar tampoco. El siempre estaría allí, y ellos también estarían. Ocurriría repetidamente, y todos volverían una y otra vez, al lugar y al momento donde querían volver. Al suceso que había significado más para ellos.

Este era el don que les hacía, a la gente, a su país. Le había legado al mundo un maravilloso peso: el temido y agotador milagro de la vida eterna.

Apéndice

La esencia de los relatos sobre viajes por el tiempo reside en plantear algún tipo de confrontación, y mejor que nada la confrontación de la persona consigo misma. En realidad ésta es la base de mucho de lo que se escribe hoy día en la literatura de ficción; sólo que en una historia como la precedente el momento en que el hombre se encuentra frente a frente consigo mismo permite mostrar un tipo de alienación que no sería posible en ninguna otra clase de obra. Alienación que trae a su vez una falta de entendimiento, de comprensión. Addison Doug Uno sigue en su coche el féretro que lleva el cadáver de Addison Doug Dos, y él lo sabe. Sabe que es dos personas al mismo tiempo, que está partido en una especie de esquizofrenia física.

Y su mente también está partida. El suceso no contribuye a darle una visión más clara, ni de sí mismo ni del otro Doug Addison, que ya no puede razonar ni resolver problemas.

Esta ironía no es más que una de las muchas ironías posibles dentro del tema de viajes por el tiempo. Ingenuamente, uno tiende a pensar que el hecho de viajar en el futuro y volver luego al presente supondría un aumento en nuestros conocimientos, y no una pérdida de ellos. Los tres temponautas, sin embargo, se adelantan al tiempo, vuelven y se sienten atrapados, quizá para siempre, en varias ironías, dentro de las cuales la mayor, en mi opinión, es la sorpresa con que contemplan sus propias acciones. Es como si el aumento de información que les procura el éxito tecnológico —la información previa de lo que va a suceder— disminuyese su propio entendimiento. Quizá Addison Doug sabe ya demasiado.

Al escribir esta historia siento yo mismo una extraña tristeza, y me sumerjo en el espacio (debería decir en el tiempo) de mis personajes mucho más que de costumbre. Experimento la futilidad de lo fútil. No hay nada que nos hunda tanto como la consciencia de la derrota, y mientras estaba escribiendo me di cuenta de que lo que para nosotros no pasa de ser un mero problema psicológico (la consciencia de la probabilidad del fracaso y su efecto traumatizante), se convertirla automáticamente, para un viajero del tiempo, en un problema existencial, un suplicio físico de cámara de tortura.

Nosotros, cuando nos sentimos deprimidos, estamos, afortunadamente presos dentro de nuestras cabezas. Pero si viajar por el tiempo se convirtiera en una realidad, la actitud psicológica de autoderrota alcanzaría proporciones de horror incalculable. Aquí, una vez más, la ciencia ficción permite al autor transferir lo que corrientemente es un problema interno a un ámbito externo. Lo proyecta hacia fuera en la forma de una sociedad, un planeta, con todo el mundo metido, por así decirlo, en lo que antes era tan sólo un cerebro. No culpo a algunos lectores que puedan sentirse molestos por tal situación, porque los cerebros de algunos de nosotros son lugares poco confortables. Pero, por otra parte, resulta muy útil el poder darse cuenta de que no todos vemos el universo de la misma manera; en realidad, no es el mismo universo el que vemos cada uno.

El desconsolado mundo de Addison Doug se expande de repente para convertirse en el mundo de muchos. Pero a diferencia de la persona que está leyendo un relato y puede terminarlo cuando quiera y dar por concluida su permanencia en el mundo criado por el autor, las gentes que forman parte de esta narración se tienen que quedar metidos en ella para siempre.

Es una clase de tiranía que aún no nos envuelve. Pero si consideramos la fuerza coercitiva del moderno aparato de propaganda en los estados actuales (cuando se trata del enemigo, a esta propaganda la llamamos «lavado de cerebro»), cabe preguntarse si la diferencia entre una cosa y otra no es solamente una cuestión de grado. Nuestros gloriosos líderes de lo que está bien y de lo que es justo, pueden ahora ya aprisionarnos en lo que podríamos considerar como meras extensiones de su cabeza, con sólo añadir a nuestra personalidad intrínseca algunas viejas piezas oxidadas del motor de un Volkswagen, y la alarma de los personajes de este relato al ver lo que les está sucediendo puede muy bien ser nuestra propia alarma, aunque en grado menor.

Addison Doug expresa su deseo de «no ver más veranos». Todos deberíamos protestar. Nadie debería poder abrogarse el derecho de arrastrarnos, por muy sutilmente que lo haga o por no importa qué razones, al estado de ánimo que nos haría expresar un punto de vista o un deseo como el de Addison. Tanto individual como colectivamente, deberíamos desear ver tantos veranos como nos fuese posible, aunque fuera en un mundo tan imperfecto como éste en el que estamos viviendo.